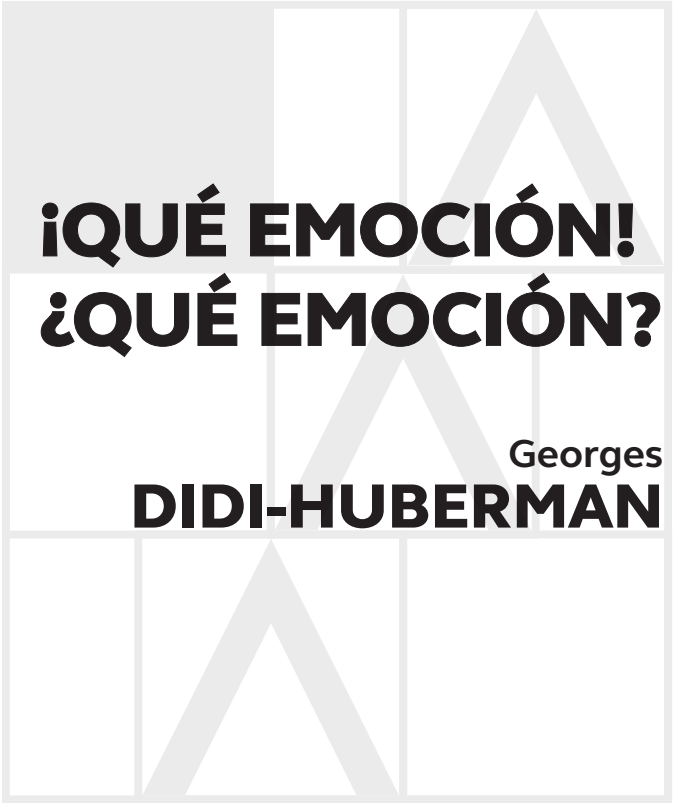


¡QUÉ EMOCIÓN! ¿QUÉ EMOCIÓN?

Georges
DIDI-HUBERMAN

en pocas palabras





**¡QUÉ EMOCIÓN!
¿QUÉ EMOCIÓN?**

Georges
DIDI-HUBERMAN

la marca
editora

¡QUÉ EMOCIÓN! ¿QUÉ EMOCIÓN?

Georges
DIDI-HUBERMAN

la marca
editora

en pocas palabras



la marca
editora

¡Qué emoción! ¡Qué emoción?

SOBRE ESTE LIBRO

Traducción de *Quelle émotion! Quelle émotion?*, publicado en Francia por la editorial Bayard en el año 2013, realizada por Víctor Goldstein.

La presente edición fue coordinada por Fernando Ozón y compuesta sobre una maqueta de Vanesa Indij.

Se utilizaron tipografías **Slimbach** para el texto, **FS Elliot Pro** para los títulos y **Stone** para la marca.

Esta publicación es responsabilidad de **la marca editora**, cuya oficina esta situada en el Pasaje Rivarola 115, (1015), de la ciudad de Buenos Aires; teléfono (54-11) 4552-3834, mail: lme@lamarcaeditora.com y la página web: www.lamarcaeditora.com.

Tanto el interior como las tapas fueron impresos en los talleres gráficos de Replika Press, India, en el mes de noviembre de 2025.

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.

Todos los derechos quedan reservados.

© Bayard Editions, France, 2013

© De la traducción, Víctor Goldstein

ISBN 978-950-889-492-2

Libro de edición argentina

Impreso en India. *Printed in India*

Didi-Huberman, Georges

¡Qué emoción! ¡Qué emoción? / Georges Didi-Huberman. - 1a ed.

- Ciudad Autónoma de Buenos Aires : la marca editora, 2026.

88 p. ; 18 x 12 cm. - (En pocas palabras)

Traducción de: Víctor Goldstein.

ISBN 978-950-889-492-2

1. Ensayo. 2. Filosofía Contemporánea. 3. Conferencias. I. Goldstein, Víctor , trad.

II. Título.

CDD 190

© **la marca**

NOTA DE ENVÍO

La colección **biblioteca de los confines** fue concebida y dirigida por Nicolás Casullo a comienzos de los noventa. Con ella pretendía –y aún pretende esta casa editorial– vincular lo nuevo y lo viejo del tiempo de las ideas. Un tiempo inmemorial de raíz mítico-poética que nunca dejó de anudar relatos para convertirse en historia de las interpretaciones, en historia de lo real. Libros de pensadores, de ensayistas, de teóricos. A la vieja ciudad letrada no dejan de arribar, o cada tanto vuelven a encenderse, obras. Ese indomable sello de autoría de quienes conjeturan cambiar con letras las más pequeñas o las más grandes circunstancias.

Escrituras que imaginan entender al ser humano y las cosas. Podría aventurarse: obras que hacen el mundo. Pero extraña historia por cierto la de las escrituras. Construyen las escenas de lo que pasó, de lo que pasa, y sin embargo nunca pueden contra la

realidad inmediata, contra lo que urge. Como pensó hace algunos años Sartre: “no existe libro alguno que haya impedido a un niño morir”. **La biblioteca de los confines** va en busca entonces de algo de eso: literaturas que hacen el mundo, y al mismo tiempo no pueden casi nada. Desde esa conciencia extrema de lo ilusorio, por lo tanto desde la pura verdad, ofrece libros.

Treinta años después, **la marca editora** lanza **en pocas palabras**. En esta subserie de la mítica colección, los pensadores y pensadoras más destacados de nuestro tiempo abordan algunos de los temas más candentes de una manera franca y con lenguaje claro. Lo hacen desde la oralidad, desde unas “pequeñas conferencias” o conferencias breves.

Un poco como hizo Walter Benjamin cuando redactó para la radio alemana, entre 1929 y 1932, emisiones destinadas a los más jóvenes y que muchos años más tarde se compilaron en el libro *Juicio a las brujas y otras catástrofes*. Son textos que se dirigen a los más jóvenes y se encarrilan por fuera de los senderos trillados, en un movimiento de amistad que atraviesa las generaciones.

la marca
editora



¡QUÉ EMOCIÓN!
¿QUÉ EMOCIÓN?

la marca
editora

De niños, todos lloramos. Nacemos llorando. Nadie se acuerda, pero qué emoción, qué gran emoción debe ser nacer, venir al mundo. Lo que puedo recordar es que, de niño, lloré mucho. Lloraba por un quítame de allí esas pajas. Mi hermana mayor se ponía delante, me miraba fijo y me decía: “¡Llora!”. Y yo lloraba. Lloré de pena, lloré de tristeza, lloré de amor, lloré de furia (fue mi madre la que me lo hizo comprender, y ese día fue importante para mí, comprender que se podía llorar de furia, como un primer paso para decidirme a actuar, a no dejar que me avasallen, a rebelarme). Tal vez había también un placer secreto en llorar. Un día que estaba llorando me crucé por azar con mi imagen en el espejo: vi mi propia cara toda crispada, mis rictus, mis lágrimas. Entonces, ese día, dejé de

llorar. Pero todavía hoy me ocurre, e incluso a menudo: puedo tener ganas de llorar cuando cierta emoción me estremece, me sumerge. Por ejemplo, al escuchar ciertas músicas.

* * *

De todos modos, me gustaría tratar de explicar mi título, ese título repetitivo, en dos líneas, en dos fragmentos de frases. En mi idea, se trata de sugerir algo típicamente filosófico. En la primera línea, *¡qué emoción!*, exclamo porque, por hipótesis, me pongo en una situación de sorpresa: una emoción se me viene encima sin decir agua va, o bien me enfrento a una emoción de otro, como aquí en esta imagen de un niño que llora (*fig. 1*).

la marca
editora



Figura 1

la marca
editora

El signo de exclamación responde al primero de todos los gestos filosóficos, que es asombrarse ante una cosa, un ser, una experiencia. Yo me asombro de esa experiencia y, sobre todo, me asombro de su intensidad: ante ese niño que llora veo bien la boca tendida hacia delante, y tengo la impresión de que se abre excesivamente, hasta el rictus. Por contraste, los ojos están cerrados, pero diré que están demasiado cerrados, porque las cejas están muy tensas, y los párpados violentamente plegados. Aunque la imagen esté inmóvil –es una fotografía tomada en el siglo XIX, alrededor de 1870–, la cara y el cuerpo de ese niño realmente aparecen en una suerte de energía desdichada, entre lo que parece desmesuradamente abierto (la boca) y lo desmesuradamente cerrado (los ojos). Hay en esto una suerte de paradoja. De ahí la sorpresa. De ahí el signo de exclamación.

Pero ese primer gesto de asombro no sería totalmente filosófico si no se prolongara en un interrogante: *¿qué emoción?* Signo de interrogación que muy fácilmente podrá transformarse en una serie interminable de signos de interrogación: *¿qué hay que entender por “emoción”?*

¿Qué tipo de emoción? ¿Y por qué la emoción?
¿Por qué razones (el plural es importante, nunca
hay una sola razón para explicar las cosas de
nuestra vida)? ¿Por qué, en vista de qué? Y
¿cómo, sí, cómo? ¿Cómo sobreviene la emoción?
¿Se desarrolla? ¿Desaparece? ¿Vuelve a empezar?
Etcétera, etcétera.

* * *

Evidentemente, no es en los límites de una
sola conferencia como se podrá responder, de
ser esto posible, a todas las cuestiones que nos
plantean las emociones. Una vez más, lo mejor
es partir de lo que tenemos ante los ojos, o sea,
esa imagen del niño que llora. Fuera de la pri-
mera paradoja que sugerí –como si algo muy
poderoso saliera, desde el interior del niño,
hacia el exterior, mientras que sus ojos cerrados
parecen oponerse a que el mundo exterior venga
a él–, observo algo que me desconcierta mucho:
ese niño llora, pero no lo hace “libremente”,
si puedo decir. Su emoción ocurre bajo una

coerción. Tal vez el niño llora –o por lo menos redobla su llanto–, justamente porque no es libre. ¿Ven ustedes, abajo, las dos manos apretadas en su cintura? Es otro niño, un poco mayor, el que lo retiene, el que lo contiene, como bien se ve en la lámina del libro donde aparece esa imagen (fig. 2).

¿Por qué, pues, de qué ese niño es prisionero? Y bien, diré que es prisionero del encuadre de la fotografía. De haber sido libre, habría salido del encuadre y hoy no se lo podría ver en la imagen. Por lo tanto, lo mantuvieron así para que se pueda tomar la foto en buenas condiciones técnicas. Las fotos habían sido encargadas por Charles Darwin, el gran biólogo y teórico de la evolución de las especies animales, para ilustrar su libro *La expresión de las emociones en el hombre y en los animales*. La misma lámina se presenta como una vislumbre cronológica del llanto infantil, desde el bebé (arriba a la izquierda) que llora *todavía* como un recién nacido, acaso porque tiene hambre o le duele la panza, hasta el varoncito (abajo a la derecha) que llora *ya* como un filósofo melancólico o un poeta romántico, con su mano sobre la sien.



Figura 2